

Definición del Museo: Origen en Europa y en México

El proceso museal y sus manifestaciones en Nueva España. La academia. La independencia y el museo nacional mexicano.

El paso del estado estacionario, ideal de la política cristiana, a la sociedad acumulativa, donde se instaura el orden de los intercambios, la parcialización de la realidad, el cálculo de los progresos y el desarrollo político de los saberes, encuentra en la dinámica y manejo de los objetos su mejor representación¹.

Los planteamientos tradicionales sobre la historia del museo, consideran que su origen está en el coleccionismo. Como si se pudiera trazar una línea de demarcación cronológica entre las sociedades que inician la colección de objetos y las que no lo hacen. Como si sólo hubiera un tipo de coleccionismo, una manera exclusiva de apreciar ciertos objetos, como si la cultura fuera una, con un sentido de acumulación. Así mismo se da por sentado que hay una relación directa, causal, entre coleccionismo y memoria. Así, sin mediaciones; sin agresiones, ni intereses de por medio.

Esta visión, ha llevado a los estudiosos a buscar indicios de coleccionismo en cualquier historia de los museos, sin detenerse a reflexionar que mientras el museo como institución no es un fenómeno permanente en todas las culturas, el proceso museal que lo hace posible, sí lo es. Y que en toda sociedad, la cultura se expresa como un conjunto de sistemas de signos dentro de los que forman parte las producciones humanas, es decir los objetos. Y que dentro de ellos, algunos se distinguen para ser mirados, respetados, venerados, hasta escrutados en sus menores detalles, para imponer a los destinatarios de esta selección la actitud de espectadores.

1. RIOUX, Jean Pierre y SIRINELLI, Jean-Francois. "Para una Historia Cultural". México. Ed. Taurus. 1999. p. 52.

Así, el proceso museal nos permite distinguir el conjunto de intereses que están presentes en toda exposición. Se aísla y exhibe al objeto por creencias religiosas, búsqueda de prestigio o beneficio económico, porque se ejerce un poder. El Proceso Museal se manifiesta en cada sociedad a partir del tejido de circunstancias, intereses, lenguajes, códigos y símbolos presentes en ella.

... mientras el museo como institución no es un fenómeno permanente en todas las culturas, el proceso museal que lo hace posible, sí lo es.

Esto quiere decir que toda sociedad ha realizado acciones museables, tanto en el pasado como en el presente y que tienen jerarquía y valor cultural aunque no desemboquen en coleccionismo y en el museo institución. Las culturas africanas que son indiferentes a los museos institucionales y a la cultura occidental, realizan acciones museables en los espacios sagrados. En donde el objeto sólo tiene significado en su contexto de uso ceremonial. No se maneja la valoración estética de los objetos tridimensionales, sólo se les conserva y exhibe por el papel que desempeñan en el funcionamiento del imaginario colectivo.

El museo es producto de un proceso museal que responde a un tipo de mente, a una circunstancia social y económica y a una necesidad de poderes. No implica el Progreso, la Memoria o la Cultura sino un tipo de desarrollo, un tipo de memoria y una forma de cultura. Afirmamos que el tema central de la historia del museo, no es la institución museística como tal o la colección, puesto que puede haber museos sin colección, como los espacios alternativos de la vanguardia de fines del Siglo XX, sino el conjunto de circunstancias tanto sociales como simbólicas y lingüísticas que dan origen a un tipo de proceso museal, que por diversas razones se institucionaliza en el espacio de una comunidad.

En el caso de México es relativamente sencillo descubrir las circunstancias que en la sociedad novohispana generaron un tipo de bienes y posibilitaron un proceso museal y la manera en que, después de la Independencia, el reciente Estado Nacional propuso otro proceso museal, paralelo al primero. Empecemos por hablar de la producción de objetos en Nueva España, ya que el hecho central de las acciones museables es la selección y exhibición de objetos.

Mucho se ha discutido sobre el origen y principio de nuestro país. Algunos afirman que sólo se puede hablar de México a partir de 1821, cuando inicia su vida independiente. Otros, la mayoría, concuerdan en que somos una cultural mestiza y

que ingresamos a la historia en el momento de la Conquista. Así que sería 1521, tres siglos antes, el momento de arranque. Y el hecho central del mismo lo marca la toma de México-Tenochtitlán por aliados indígenas y el pequeño ejército español.

Subrayo la diversidad del contingente militar que derrotó a los mexicas, porque esta diversidad, no sólo étnica, sino social y cultural fue la base del mosaico novohispano. Ni todos los grupos indígenas fueron sometidos violentamente, como es el caso del imperio tarasco de Michoacán, quien a través de Calzonzi aceptó convertirse en súbdito del rey de España al descubrir que los españoles venían en son de paz,² ni todos fueron víctimas de la violencia cultural al grado de exterminar sus propuestas. Nueva España propició desde sus inicios una mezcla, y no sólo biológica. Los españoles no venían a colonizar, su ideal no era desplazar o eliminar a las poblaciones autóctonas, como sucedió en el norte de América, o tal como lo propuso Cristóbal Colón, llevando a la población caribeña a su exterminio. Venían a convertirse en señores, en gente de bien, con los indígenas a sus pies. “Tal como con los pueblos moros durante la reconquista, buscaban botín, sometimiento, tierra, pero no extinción del pueblo vencido. Sin él, no podía generarse riqueza”.³

Para explotar sin exterminio, el gobierno español, con sus dos vertientes: poder civil y religioso, separó la sociedad virreinal en dos espacios: la República de Indios y la de Españoles. Cada una juzgada por distintos jueces y cuerpos de leyes. Cada una con terrenos habitacionales propios, con autoridades, parroquias y escuelas que empalmaban en los niveles de poder. Y, abrió espacios de convivencia, como los gremios, las ceremonias civiles y religiosas y el trabajo.

Esta sociedad, compleja y variada, no podía expresarse ya en imágenes del pasado americano tan cargadas de religiosidad “pagana”. Los conquistadores



Retrato de Lorenzo Boturini Benaducci precursor del coleccionismo y fundador del museo indiano. Grabado de F Mathías de Irala 1746.

2. CAYUELA GALLY, Ricardo y PÉREZ MONFORT, Ricardo. “Entrevista con Luis González”. p. 46 En *Letras Libres* No. 5 (mayo 1999). México.

3. TURRENT, Lourdes. “La Conquista Musical de México” México: FCE. 1993: p. 44

impusieron su propio lenguaje plástico y los indígenas, que habían practicado una religión inclusiva, lo incorporaron a su propia imaginaria. Fue así como Nueva España encontró medios de expresión en un conjunto de “artes y oficios” que ahora conocemos con el nombre de arte barroco.

Dentro del conjunto de bienes manufacturados en Nueva España, destacan lo que los poderes novohispanos jerarquizaron como valiosos: los objetos sacros. Es importante notar que todavía muchos piensan que durante el virreinato sólo se produjeron estos bienes, cuando sabemos que el consumo suntuario era importante. De hecho, los bienes virreinales se exponen actualmente de esta manera: en Tepozotlan, arte sacro, por ejemplo, cuyo lote provino de un despojo del acervo de bienes de la Catedral Metropolitana, o en el museo Franz Mayer, arte suntuario producto del interés de un coleccionista privado. En ninguno de los dos casos, se conservan bienes “populares”, “mestizos”, “artesanías” o “folklore”. Es decir, bienes producidos por los estratos medios o bajos de la sociedad virreinal.

Dentro del conjunto de bienes manufacturados en Nueva España, destacan lo que los poderes novohispanos jerarquizaron como valiosos: los objetos sacros.

La valoración que de los bienes sacros hicieron los poderes novohispanos, responden a la *episteme* del siglo XVI, que buscaba el sentido de todas las cosas en función de la semejanza que tenían entre si dentro de una Ley, es decir una concepción del universo con un único Dios. Lo importante era descubrir la sintaxis que ligaba a la naturaleza de las cosas, su coexistencia y encadenamiento. Se trataba de un conocimiento es espiral, en donde cada cosa valía por la acumulación de todas las demás, y debía recorrerse el mundo entero para que la menor de las analogías quedara justificada y apareciera como cierta en función del Todo. Este

pensamiento ponía límites reales: porque el avance incansable de las similitudes que se buscaban una y otra vez, tendía a indicar que existía un *Gran Mundo* y que su perímetro trazaba el límite de las cosas creadas⁴.

El lugar de exposición de estos bienes era el Templo. Y su lugar de honor, el *retablo* en el que se reunían distintos materiales y lenguajes plásticos que expresaban ideas, anhelos e intenciones de una cultura; la novohispana, en el espacio de poder de una dinastía: la de los Austrias.

4. FOUCAULT, Michel. “Las Palabras y las Cosas”. México, Siglo XXI. 1991 p. 39.

Hubo coleccionismo en Nueva España de muchos objetos, tanto producidos en América, como en Europa y Oriente. De hecho, gran parte de la llamada artesanía mexicana surge de una amalgama de algunos bienes importados de oriente y del viejo continente y del conjunto de habilidades y tradiciones mexicanas. Pero, no fueron expuestos sino en casas particulares y para mostrar prestigio o riqueza en un momento dado. Nadie los convirtió en objetos de veneración. Pero sí en documentos de estudio. De este coleccionismo no salieron expografías, sino archivos y bibliotecas. Tenemos informes de la gran biblioteca y colección de inventos que reunió Sor Juana, de las cuales no queda nada. Por otro lado, sí nos queda algo del lote que reunió Carlos de Sigüenza y Góngora gracias al trabajo de un estudioso italiano que llegó a Nueva España en 1736, que interesado en comprender el mensaje de la Virgen de Guadalupe decidió reunir objetos del pasado indígena. Sin embargo, Lorenzo Boturini y Benaducci, se estableció en un territorio vetado a la inmigración de extranjeros. Nunca pudo arreglar sus papeles e intentó permanecer en nuestro país ilegalmente. Las autoridades incautaron su colección, formada por códices, mapas, títulos de propiedad manuscritos y pinturas sobre las antigüedades mexicanas”.⁵ No por casualidad, el Consejo de Indias ordenó que el Museo Indiano (nombre que Boturini dio a su colección privada) pasara a la Secretaría de Cámara, en donde permaneció arrumbado por varios años. Los poderes virreinales no estaban interesados en resignificar estos objetos, que durante los siglos XIX y XX serían el sustento de un discurso nacionalista, cuyas raíces provenían de varios pensadores coloniales.

Fecha clave de la museología mexicana es 1778. Producto tardío del cambio de dinastía en España, que se lleva a cabo con Felipe V en 1705, y la influencia del pensamiento ilustrado, las nuevas élites buscaron imponer un lenguaje plástico de dominio: el neoclásico, en contra del abigarrado barroco, así como buscan controlar y dictar lo que es *arte y buen gusto*. El mismo gobierno que incauta la colección de Boturini, negándose a hacer de ella el primer museo de América, transforma un pequeño taller de grabado de la Ciudad de México en la Academia de San Carlos de la Nueva España. Ahí mismo establece una Academia de dibujo. Gabinete o museo de medallas, láminas, bustos, etc. Lo que sería, para el arte, el primer museo público en el nuevo continente, antes del de Filadelfia.

En 1782, a raíz de la expulsión de los jesuitas del Imperio Español, establece que sea esta pequeña institución la que custodie los bienes más notables de la desaparecida orden, y los exhiba ordenadamente para recreo público. Designio con

5. "Obras Maestras de la Pintura", volumen II, la Pintura en los Museos de México, Museo Nacional de Arte, Barcelona, España. 1983. Editorial Planeta, p.61.

doble intención, cuyo mensaje puede resumirse en este verso popular: “cuando veas las barbas de tu vecino cortar, pon las tuyas a remojar”.

El gobierno Borbón respondía a un nuevo paradigma cultural en que las cosas y las palabras se empezaban a separar. El pensamiento dejaba de moverse dentro del elemento de la semejanza. Se denunciaba la mixtura confusa a que había llevado las comparaciones en función de un Mundo Superior y se deseaba analizar la realidad en términos de identidad, de diferencia, de medida y de orden. A través del

Las cosas ya no tendrían valor por el simple hecho de estar, sino en función de un saber que les daría lugar en el campo del conocimiento.

penúltimo, se establecieron relaciones de igualdad y desigualdad, el último permitió pasar de lo sencillo a lo complejo. Se sustituyó la analogía por el análisis. Se buscó enumerar de manera completa los elementos que constituirían el antiguo conjunto. Y la comparación permitió una certeza “perfecta”. Poco a poco, el método científico adquirió valor de Universal. Y el saber rompió su viejo parentesco con la divinidad. Las cosas ya no tendrían valor por el simple hecho de estar, sino en función de un saber que les daría lugar en el campo del conocimiento. Se establecieron signos de convención. **A partir de nuevas jerarquías, por ejemplo, el**

análisis de las riquezas se hace considerando la moneda y el cambio, aunque el valor se funde siempre sobre la necesidad.⁶ Por lo tanto, no era suficiente para el nuevo virrey de Nueva España, el Conde de Gálvez, la colección de obras jesuitas. Hacían falta estatuas, como las que adornaban la academia madrileña de San Fernando. Empieza aquí la aventura de hacer llegar a México reproducciones de obras clásicas de la mitología. Modelos de galerías de Italia y España. Fue Tolsá quien llevó a cabo la increíble hazaña.

El pensamiento científico también se desarrolló en Nueva España. Lo hicieron posible los Gabinetes de Ciencia que iniciaron el estudio de la naturaleza a través de la cuantificación y la comparación. El Jardín Botánico se inaugura en 1787, el Gabinete o Museo de Historia Natural entre 1790-93, el Gabinete de Física en el Colegio de Minas, 1790-98. Finalmente, se nombra una Junta de Antigüedades y se organiza una Expedición Anticuaria. Ya no hay peligro del pasado. Sus imágenes y objetos empiezan a ser observados desde la mirada de la ciencia o la estética. No importa ya que fueran objetos religiosos, ahora se les catalogará de acuerdo a su material y su forma. Está todo listo para la fundación de un museo institucional.

6. FOUCAULT, Michel. *Ibid.* Pp. 53 a 73.

El Museo Nacional Mexicano, lo funda el primer presidente de la joven República: Guadalupe Victoria, el 18 de marzo de 1825. Su ideólogo fue Lucas Alamán, su finalidad, más política que científica. Ubicado en la Universidad, en salones mal alumbrados y ventilados, se convierten en bodega de antigüedades y vitrina de curiosidades. Reúne de todo, “tratando de crear un universo en miniatura donde se mezclaban fenómenos de la naturaleza con habilidades artísticas y reliquias históricas.”⁷ Se le llama Museo Nacional, porque a pesar de su desorden interno, como institución es capaz de ofrecer símbolos de identidad y un concepto de unidad a un país cuyo territorio abarcaba de Alaska a Costa Rica. Y si su efectividad es limitada en el interior del territorio, a través de él, se inician una serie de exposiciones internacionales, similares a las excursiones de los *pochtecas* en la época mexicana, que sirven tanto de contacto cultural, como embajada económica y prestigio político en países lejanos al nuestro.

En 1825 se exponen en Londres algunos grandes monolitos de la estatuaria mexicana. A través de ellos, México logra afirmar una imagen propia y exclusiva. No es casualidad que la exposición se organice en el *Salón Egipcio*. Y tampoco, que a partir de ella, se participe en una cadena de eventos internacionales, que gozarán de gran aceptación pública a lo largo del siglo XIX.

A partir de este momento conviven oficialmente en México, dos tipos de procesos museales. El sustentado por la tradición, la costumbre, la ideología, la religión y el poder de la iglesia católica, ligado a élites y grupos de creyentes, que se continúa desarrollando en los templos y por otro lado, la propuesta oficial y laica del Museo Nacional, que intenta sustentar una nueva realidad, a través de reinterpretar objetos del pasado y reescribir la historia. Por ejemplo se empieza a afirmar que la novel República es una Nación y el pueblo mexicano el autor de la Independencia y de la reconstrucción nacional. Es en este contexto en el que se propone una nueva memoria, que desea enraizar en algún lado, y lo hace en el pasado indígena. Sin embargo, el gran historiador de la nueva época, Orozco y Berra, afirmará balbuceante que aunque “lo indígena fue manifestado por la razón universal”, no logra expresarse totalmente en arte porque, afirma, (refiriéndose a la Coatlicue y los monolitos que se encuentran en el Museo): “*pasando a la escultura, los grandes trozos esculpidos que nos quedan, no pueden servir para formar un acertado juicio acerca de la aptitud de los artífices mexicanos, pues por lo general son bultos mitológicos, en que los atributos alegóricos..... predominan, presentándose a nuestra vista como deformes e inartísticos*”.⁸ Sin embargo, son estos mismos objetos, valorados como

7. Lacouture Felipe. *Ibid*: p.6.

8. FERNÁNDEZ, Justino. “Coatlicue. Estética del Arte Indígena Antiguo”. México, IIE. UNAM. 1959: p. 71.

arte hasta el siglo XX, los que se empiezan a considerar como símbolos de identidad y de lo mexicano.

La dicotomía de estas propuestas refleja la incertidumbre de la época. El siglo XIX, es Siglo de Caudillos por la lucha que enfrentan los distintos grupos de poder. Sabemos que sólo las leyes de Reforma, después de 1857, transformarán las condiciones sociales que sustentaban al proceso museal barroco. Los liberales proponen un México distinto: el de los saberes científicos, la economía de mercado y la iconografía nacional.

LOURDES TURRENT